



Capítulo 100

[¡Lo siento mucho...!]

Alon no pudo decir nada mientras miraba a Tovette, que tenía la cabeza gacha y una expresión llorosa. Para ser justos, ni siquiera Alon había previsto esta situación en absoluto.

«¿Es esto... siquiera posible?».

Alon miró fijamente a Seolrang, que sonreía radiante, como si buscara elogios, completamente diferente de los amenazantes ojos dorados que había mostrado antes.

«No, en serio, ¿cómo lo atrapó?».

Alon no podía dejar de maravillarse ante la escena que tenía ante sí. Era una hazaña totalmente increíble: capturar a Tovette era, en esencia, una tarea imposible. Al fin y al cabo, Tovette era como un personaje de un juego capaz de moverse más de 100 casillas en un solo turno.

«¿Cómo... cómo lo has capturado?».

La pregunta se le escapó antes de que se diera cuenta. Seolrang, inclinando la cabeza inocentemente, respondió sin dudar.

«Acabo de atraparlo».

Su respuesta fue demasiado informal.



«... Oh».

«Bueno, técnicamente es cierto», pensó Alon, «pero faltan muchos detalles...».

«No, en serio, ¿qué diablos?».

Claro, Alon ya había aprendido por experiencia previa que Seolrang era rápido, pero esto superaba su imaginación.

«A este ritmo... probablemente podría cruzar el desierto en menos de dos días. No, más que eso... ya ha superado con creces los niveles normales, igual que Deus».

Una vez más, se sorprendió ante el talento de los Cinco Grandes Pecados.

«Ahora que lo pienso, ella no era fuerte porque un dios hubiera descendido sobre ella. Simplemente había nacido así, ¿no?».

Mientras reflexionaba sobre esto, Alon no pudo evitar sentirse un poco patético por su propio cuerpo pequeño e impotente. Pero rápidamente se sacudió la melancolía y volvió a centrar su atención en Tovette. Al fin y al cabo, la situación actual seguía desarrollándose.

Tovette, a quien Seolrang había agarrado por el cuello en un instante y amenazado, parecía completamente conmocionada por el miedo.

Al ver su expresión aterrorizada, Alon le preguntó:



«¿Esto cuenta como capturarte?».

[Sí, cuenta...]

«...»

[Cuenta].

Con una mirada furtiva a la sonriente Seolrang, Tovette bajó la cabeza con resignación.

«Entonces, ahora somos nosotros los que tenemos que huir, ¿verdad?».

[¿Eh? Ah, sí].

Tovette asintió con vacilación, con movimientos torpes e inseguros.

«Seolrang, ¿puedes encargarte de ello?».

«¡Por supuesto, maestro! ¡Soy súper rápido!».

Seolrang se hinchó de confianza y se puso las manos en las caderas. Alon miró a Tovette, que parecía nerviosa.

«Entonces, comenzemos».

[Sí. Cuando el reloj de arena que está sobre mi cabeza se dé la vuelta, empezaremos. Tienes un minuto para correr].



A pesar del comportamiento tímido de Tovette, Alon sintió una tensión creciente. A simple vista, Tovette parecía una joven que aún no había terminado de crecer, pero en realidad era un hada que había vivido durante cientos de años.

Y como las hadas podían resucitar incluso después de la muerte, las amenazas a su vida no la intimidaban.

Alon, sabiendo esto, sospechaba que el miedo de Tovette era solo una actuación para cogerlos desprevenidos. Observó atentamente a la hada, cuyo reloj de arena, colocado en el centro de la arena, comenzó a dar la vuelta y a contar hacia atrás.

«Como era de esperar...».

Alon notó la sutil curva ascendente en la comisura de los labios de Tovette, que desmentía sus ojos asustados. Era una sonrisa maliciosa y astuta.

Seolrang, que había estado observando atentamente a Tovette, de repente exclamó:

«Maestro».

«¿Qué pasa?».

«Si me pillan, ¿podemos volver a intentarlo?».

«¿Volver a intentarlo?»



Alon miró el reloj de arena, ahora girado 90 grados, y respondió:

«Hmm, probablemente».

«¡Ja! ¿Entonces podemos volver a intentarlo?».

«Sí».

Alon asintió con la cabeza, recordando la regla de que las hadas siempre deben aceptar los retos de los humanos.

Y en el momento en que el reloj de arena completó su rotación y la prueba comenzó oficialmente...

«?»

Tovette no se movió.

Tampoco lo hizo Seolrang.

«... ¿Se mueven demasiado rápido para que mis ojos puedan seguirlos?».

Sin darse cuenta, Alon había tenido un pensamiento peculiar, pero, por supuesto, no era cierto.

Los dos, Tovette y Seolrang, realmente no se habían movido en absoluto.

«?»



Confundido, Alon solo pudo fruncir el ceño con incredulidad. Sin embargo, aunque permanecían inmóviles, la arena del reloj de arena seguía cayendo sin cesar.

Un minuto después...

«¡Vaya! ¡He ganado!».

«...»

Alon se volvió y vio a Seolrang levantando ambos brazos en señal de triunfo y gritando alegremente. A su lado, Tovette tenía la cabeza gacha y el rostro ligeramente pálido, como si aún estuviera commocionada por lo que acababa de suceder.

Ese día, Alon obtuvo el artefacto conocido como la Mano del Errante.

«Gracias a ti», le dijo a Seolrang.

«¿Por el maestro? ¡Haría cualquier cosa!».

Irradiando confianza y orgullo, la actitud de Seolrang hizo que Alon sintiera una cálida sensación de gratitud.

«Si hay algo que quieras, te lo concederé».

«¿En serio?».



«Por supuesto. Bueno, dentro de lo razonable. Si es demasiado difícil, tendré que pensarlo».

«Hmm... Entonces, ¿puedo tomarme un tiempo para pensar?».

«Adelante».

Intercambiaron bromas ligeras mientras salían de la arena. Al acercarse a la entrada de la prisión subterránea, una pregunta surgió en la mente de Alon.

«Por cierto, ¿por qué se quedaron parados los dos antes?».

«¿Eh? ¿Antes?»

«Sí».

«Mmm... No lo sé. Ella no se movía, así que yo también me quedé quieto. Pensé que me movería cuando ella lo hiciera».

Su respuesta indiferente dejó a Alon mirándola con incredulidad.

«¿Qué? ¿Por qué?».

La expresión inocente de Seolrang hizo que Alon se encogiera de hombros y siguiera caminando fuera de la cueva. El incidente pasó en la quietud de la madrugada, sin un alma alrededor que lo presenciara.



Los tres días que pasamos en Tern se pasaron volando. Al cuarto día, la conferencia había terminado oficialmente y dio paso a un periodo de camaradería sin reuniones formales.

Para Alon, esto significaba: «Si voy a actuar, tengo que hacerlo rápidamente».

Habiendo conseguido ya todo lo que necesitaba, Alon decidió marcharse sin dudarlo.

«¡Maestro, ¿ya se va!».

«Tengo cosas que hacer».

«... Oh...».

Al oír esto, la cola de Seolrang se desplomó dramáticamente. Aunque no era como si su mundo se estuviera derrumbando, su decepción era evidente para cualquiera. A Alon le recordó el adorable puchero de un niño, lo que le llevó a añadir:

«Volveré a visitarte algún día».

«¡En serio?!»

«Claro».



Aunque no lo decía del todo en serio, sabía que pronto tendría que viajar cerca de ella de nuevo para encontrarse con los Dragones. Tras tranquilizarla con esta promesa, Alon se despidió brevemente de Seolrang y partió rápidamente.

Poco después, Alon visitó a Deus para despedirse.

«¿Te refieres a Ronavelli?», preguntó Deus.

—Sí.

«Entonces permíteme acompañarte».

Alon parpadeó. «¿Juntos?».

«Sí. Ya tenía pensado ir a Ronavelli».

«... ¿Por qué?».

Ante la pregunta de Alon, Deus explicó:

«Hace un año, Reinhardt entró en Ronavelli y no ha regresado».

«Entonces... ¿vas a buscarlo?».

«Sí. Tenemos una pista, pero ninguno de los caballeros ha sido capaz de traerlo de vuelta».

«¿Una pista, pero los caballeros no pudieron traerlo de vuelta?».

«Sospechan que está en el «Sector Selvanus»».

«Ah».

De repente, Alon lo entendió todo. La incapacidad de los caballeros para recuperar a Reinhardt ahora tenía mucho sentido.

«Claro... el sector Selvanus».

El Sector Selvanus era una vasta selva inexplorada dentro de Ronavelli, una de las tres regiones cartografiadas, y hogar de monstruos grotescamente mutados.

Las probabilidades de que un caballero común sobreviviera en el sector Selvanus eran escasas: una vez dentro, lo más probable era que quedaran reducidos a nada más que huesos. Después de todo, incluso en el juego Psychedelia, el sector Selvanus no era accesible hasta las etapas intermedias o finales de la historia.

«Usar la Bendición de las Ruinas funcionaría, pero no hay forma de que los caballeros lo sepan».

Recordando la mecánica del juego, Alon asintió levemente.

«Está bien, iré contigo».



«Sí, te acompañaré».

Y así, ese día, Alon partió hacia Ronavelli con Deus.

El viaje a Ronavelli con Deus, que duró varios días, resultó ser más agradable de lo que Alon había previsto. Cuando subieron juntos al carro, Alon temía que fuera un viaje incómodo y silencioso, como sus interacciones anteriores. Sin embargo, para su sorpresa, Deus se mostró inusualmente hablador en esta ocasión.

Por eso...

«... Parece que ya casi hemos llegado».

«Eso parece».

A medida que el aire se volvía tan húmedo que empapaba sus ropas, Alon se dio cuenta de que se estaban acercando al límite de la selva. Comenzó a organizar mentalmente las tareas que debía realizar durante su estancia en Ronavelli.

Primera tarea: las ruinas de Malaca

Alon asintió ligeramente para sí mismo. Visitar las ruinas de Malaca no sería demasiado difícil, ya que conocía su ubicación gracias a una misión secundaria del juego.



Aunque el juego mostraba las ruinas como inaccesibles debido al derrumbe de la entrada, el mundo real podría ser diferente.

Segunda tarea: encontrar la pulsera a juego

Alon metió la mano en su abrigo y sacó un brazalete que había conseguido recientemente en Tern. Por sí solo, el brazalete no tenía ninguna función ni poder.

«... La otra mitad debería estar en el Santuario del Ermitaño».

Si pudiera recuperar la otra pulsera del Santuario del Ermitaño y unir las dos, el artefacto resultante sería invaluable para él en su estado actual.

Tercera tarea: prepararse para el «Olvidado»

La última tarea, y quizá la más importante, era localizar un objeto capaz de contrarrestar al «Olvidado».

A diferencia de los otros seres de otro mundo a los que Alon se había enfrentado hasta ahora, el Olvidado ya se había manifestado plenamente en este mundo. Esto lo convertía en una amenaza mucho mayor.

«Uf».

¿Cuánto tiempo había pasado mientras Alon exhalaba un pequeño suspiro y terminaba sus pensamientos?

«Hemos llegado».



Alon pronto se dio cuenta de que habían llegado a un pequeño ducado que bordeaba la selva: el territorio de Luxible, concretamente el dominio de Caslot. Al bajar del carro, se preparó para la travesía por la selva.

A partir de ese momento, tendrían que caminar hasta el campamento de exploración establecido por magos y aventureros en lo más profundo de la selva.

El trío —Alon, Deus y su guía— se dirigió directamente a la puerta sur que daba a la selva. Tan pronto como atravesaron la puerta...

Señor, parece que es la primera vez que viene aquí. ¿Necesita un guía? ¡Solo dígame a dónde quiere ir y lo llevaré allí de inmediato!

Los vendedores ambulantes los rodearon, ansiosos por venderles sus servicios. Era como si hubieran estado esperando la llegada de caras nuevas.

«... Esperaba que hubiera muchos, pero esto es mucho más de lo que imaginaba».

La zona cercana al campamento de exploración era un hervidero de reliquias y ruinas, lo que la convertía en un lugar privilegiado para el descubrimiento de artefactos. Naturalmente, esto atraía a un flujo constante de aventureros y mercenarios ilusionados que esperaban hacer fortuna.

Alon dio un paso atrás para alejarse de los agresivos vendedores ambulantes.

«Estoy bien. Ya sé cuál es mi destino».



«¡Por favor, señor! ¡Esta selva es un laberinto y es muy fácil perderse!».

«Aun así, me las arreglaré».

Alon se negó rotundamente, y solo entonces el vendedor ambulante se rindió a regañadientes, se dio la vuelta y desapareció entre la multitud.

«Desde luego que hay muchos vendedores ambulantes aquí», comentó Evan.

«Ciento», respondió Alon.

Justo cuando intercambiaban observaciones...

«Marqués».

«¿Sí?»

«¿Debería matar a ese hombre ahora mismo?»

«... ¿Qué?».

Alon estaba desconcertado por la repentina sugerencia de Deus.

«¿Por qué?».

«Te insultó».



«¿De verdad?».

«Sí, lo oí claramente».

«Bueno...».

Aunque ser insultado no era precisamente agradable, Alon no creía que eso mereciera la pena la pena de muerte. Sacudiendo la cabeza, descartó la idea.

«No hay necesidad de eso».

«Como quieras».

Deus asintió obedientemente, aunque su actitud tranquila no contribuyó a aliviar el desconcierto de Alon.

«Aun así», añadió Alon, «gracias por tener en cuenta mis sentimientos».

Suponiendo que Deus había hecho la sugerencia por preocupación hacia él, Alon asintió con agradecimiento, aunque con una leve sonrisa.

Pero exactamente cinco minutos después...

«Marqués».

«... ¿Qué pasa ahora?».

«¿Debería matar al vendedor ambulante de antes?»



«... ¿Por qué esta vez?».

«Te insultó de nuevo después de que lo rechazaste y te marchaste».

«... No lo hagas».

«Entendido».

Para cuando llegaron a la puerta sur que daba acceso a la selva, Deus había hecho nada menos que ocho ofertas para matar a los vendedores ambulantes. Cada vez, parecía sinceramente arrepentido mientras miraba a los individuos ofensivos, con la mano distraídamente apoyada en la empuñadura de su espada.

En ese momento, Alon no pudo evitar preguntarse:

«Espera... ¿ha despertado algún tipo de sed de sangre o algo así?».

Una extraña inquietud comenzó a apoderarse del pecho de Alon.